

EL ARTE DE PREDICAR

Antonio Gil Moreno
Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Palabra.
Mensaje.
Tono.
Cercanía.
Espontaneidad.
Comunicación.
Transformación.

En este trabajo, hemos abordado el ancho campo de la «palabra», aplicándola al ámbito concreto de la «predicación», a la que calificamos como un «arte» por las condiciones que la acompañan y por las características concretas que han de tener esas «palabras» en sermones y homilias. La predicación de hoy no se considera ya como una «pieza literaria» que brilla por su contenido, su belleza, su estilo o su argumentación. «Predicar» hoy es «hablar durante un encuentro» con unos hermanos, a los que se les transmiten mensajes y sentimientos.

ABSTRACT

KEYWORDS

Word.
Message.
Tone.
Proximity.
Spontaneity.
Communication.
Transformation.

In this essay, we present different point of view of «word», applying it in the context of religious preaching. We define preaching like an «art» because of the terms and the specific characteristic, which it has to have this «words» in sermons and homilies. Nowadays, preaching isn't considered as a «literary text» that shines for its content, its beauty, its style or its argumentation. These days, preaching it's «to talk during a meeting» with Brothers to transmit kindly message and feelings.

Señor Director de la Real Academia.
Señoras y señores académicos.
Autoridades y representaciones.
Queridos amigos:

Permitidme, como Pórtico de este pequeño discurso, tres palabras que me brotan del alma y que coloco en mis labios, esta noche, con ilusión y emoción.

Primera, una palabra de gratitud a la Real Academia de Córdoba, por este nombramiento de académico correspondiente por Córdoba, al que abro de par en par las puertas de mi corazón. Y no

solo por lo que supone de distinción personal, sino por lo que conlleva de «vinculación a esta ciudad, a Córdoba», que tiene para mí tantos recuerdos, tantas vivencias, tantos nombres, y sobre todo, tantos altares, tantas iglesias, tantas noticias como han ido cruzando por mis manos y que, a medida que pasan los años, contemplo como una hermosa columna de alabastro sobre la que reclino mi cabeza y mi corazón.

Llegué a Córdoba, con poco más de diez años, para ingresar como seminarista, en el Seminario Conciliar de san Pelagio, y desde entonces, he tenido el privilegio de saborear esta ciudad en sus más bellos paisajes, desarrollando dos excelsas vocaciones: la de sacerdote y la de periodista. El sacerdote se colocaba en la orilla de Dios y el periodista en la orilla del mundo. Y mi misión ha consistido en unir esas dos orillas lo más posible, para que el sacerdote «divinizara» al hombre, y el periodista «humanizara» a Dios.

Es una tarea muy hermosa y muy gratificante, sobre todo, si se cuenta con los grandes altavoces de los Medios de Comunicación Social: el altar, las páginas del periódico, los micrófonos de la Radio, que se abren a los «ciudadanos de a pie», tantas personas que, como nos dijera el poeta, «buscan a Dios entre la niebla».

Por todo esto, coloco en mis labios un primer sentimiento de gratitud a nuestra Real Academia, por «vincularme más a Córdoba», para «servirla con la palabra y con la pluma», para «sentirla como ciudad de destino universal» en cada cordobés y en cada visitante a esos tres templos que la representan y la engrandecen: los templos de Dios, nuestras iglesias; los templos de la cultura, entre ellos, nuestra Real Academia; y los templos del pueblo, que van desde el Ayuntamiento hasta la sede de la última Asociación de Vecinos.

La segunda palabra de este Pórtico, la he colocado como título de mis palabras: *Predicar. El arte de predicar.*

¿Y por qué he elegido el tema de la predicación? Por una razón muy sencilla. Porque, los domingos, el medio de comunicación que tiene más oyentes en España, se encuentra en los micrófonos de los altares, durante la celebración de las eucaristías. Alrededor de 9 millones de personas escuchan las «predicaciones dominicales», las «homilias de los sacerdotes». No hay acto público en nuestro país que congregue a nueve millones de asistentes y participantes.

Y para subrayar su importancia, he querido denominar la predicación como «un arte», es decir, «algo que hay que elaborar, como se elabora una obra delicada», para ofrecerla después a la atención del público. El arte exige preparación, concentración y creación. La preparación y la concen-

tración son exigencias del predicador. La brisa creativa, en cambio, «viene de lo alto». El predicador no se predica a sí mismo, ya que el epicentro de la predicación se encuentra en el mensaje religioso.

La tercera palabra de este Pórtico es, justamente, *el valor de la palabra y de los gestos*. Y no sólo en la predicación, sino en la vida.

Para mí, la palabra será siempre algo maravilloso. ¡Cuántos y qué hermosos cantos a la palabra!

Me vienen a la memoria los versos de León Felipe, cuando habla de la fuerza de la palabra, y el poema de Blas de Otero: «Escribo / en defensa del reino / del hombre y su justicia. / Pido la paz y la palabra». Y aquellos otros, en los que el poeta albergaba la palabra como su gran tesoro: «Si he perdido la vida, el tiempo, todo / lo que tiré como un anillo al agua, / si he perdido la voz en la maleza, / me queda la palabra».

A la palabra humana, desde la orilla de la fe, debe anteponerse la Palabra divina. La segunda Persona de la Santísima Trinidad se llama así, precisamente: La Palabra, el Verbo. «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Esa fue la grandeza de la Palabra divina, y ese es también el poder de la palabra humana: Una palabra que se hace semilla para ser colocada con sumo cuidado y especial delicadeza en los oídos, en el papel, en las pantallas, en los móviles... De los oídos, pasa a las mentes; del papel, a las miradas; de las pantallas, sobre todo si la palabra va acompañada de imágenes, pasa al corazón y a los sentimientos... Y si la palabra transmite, además, mensajes, entonces, esa palabra entrará de lleno en al ámbito sagrado de las conciencias libres. Por todo esto, la palabra es uno de los grandes tesoros de la humanidad.

Y junto a las palabras, en el ámbito de la predicación, quiero subrayar también *el tono y los gestos*. ¡El tono es como el papel de celofán de toda predicación que se precie de ser cristiana! ¡Y los gestos se adentran en el mundo de las emociones! Todos recordamos el momento de la elección de Jorge Mario Bergoglio como el Papa Francisco. Y todos quedamos sorprendidos cuando salió a la Logia vaticana, para saludar a la multitud de la plaza de san Pedro.

Francisco se inclinó ante la gente. Se hizo un gran silencio. Los Medios de Comunicación enmudecieron. Y a ese gesto inesperado de la inclinación del Papa ante su pueblo, aquellas palabras que salieron de sus labios: «Recen por mí». Fue un gesto histórico y una frase histórica que le acompaña como eslogan de su pontificado. A partir de aquel gesto, el primer fruto inmediato fue la cercanía que sintió la gente con el Papa Francisco, cercanía esencial siempre para llegar al corazón personas y multitudes.

Tras este Pórtico, y en aras de la brevedad, les resumo a ustedes, el Decálogo que he preparado sobre el Arte de Predicar.

DECÁLOGO DEL ARTE DE PREDICAR

He aquí los 10 «mandamientos» o «sugerencias» sobre al «arte de predicar».

I. LA PREDICACIÓN NECESITA PREPARACIÓN

Me viene a la memoria una frase terrible escrita por Joseph Ratzinger, actualmente Papa emérito Benedicto XVI, sobre las homilías: «Es un auténtico milagro que la Iglesia sobreviva a los millones de pésimas homilías de cada domingo». Y añadía:

Han de evitarse las homilías genéricas y abstractas que ocultan la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención sobre el predicador más que sobre el corazón del mensaje evangélico. Debe quedar claro para los fieles que lo que al predicador realmente le importa es mostrar a Cristo, quien debe ser siempre el centro de cualquier homilía.

Por tanto, sacamos como conclusión primordial de estas palabras de Benedicto XVI, que la «predicación necesita preparación, necesita tiempo».

II. LA PREDICACIÓN NO ES UN SERMÓN SINO «UN ENCUENTRO A BASE DE PALABRAS»

La palabra «encuentro» es esencial en toda predicación. El encuentro conlleva siempre cercanía, atención, escucha, y a veces, actitud más importante y decisivas, como pueden ser la de la ilusión, la esperanza, la transformación personal. Si no existe algo de «encuentro» en toda predicación, el «predicador» será solo predicador, y el «oyente» será sólo «espectador». El predicador hablará, pero quizás sus palabras no lleven la fuerza suficiente para ser escuchadas y grabadas en la mente o en la conciencia o en el corazón. Y el oyente, oirá solamente. No se abrirá a las palabras que escucha para que tengan la fuerza de la semilla que se siembra. Por eso, toda «predicación» ideal ha de convertirse, ante todo y sobre todo, en un «encuentro personal y comunitario». El predicador y sus oyentes forman una comunidad, lo que quiere decir que comulgan en ideales y sentimientos. El que habla es un hermano y el que escucha es un creyente. Por eso, trasciende las palabras del predicador, descubriendo en ellas la voz del propio Dios que se dirige a su pueblo.

En la predicación, el que habla es un hermano y un amigo; el que escucha es un creyente, que trasciende las palabras del predicador, para descubrir en ellas la voz del propio Dios que se dirige a su pueblo.

III. LA PREDICACIÓN HA DE SER «ORATORIA VIVA»

La definición de Oratoria que nos dejó Demóstenes, resume en tres palabras solamente y a la perfección, sus dos elementos esenciales: «Oratoria es decir algo a alguien». No se podría decir mejor, ni más claramente, ni con menos palabras, ni con mayor brevedad.

Primero: «decir», porque la Oratoria es palabra que brota de nuestra inteligencia o de nuestro corazón o de nuestros más profundos sentimientos. La Oratoria conlleva la palabra como instrumento de comunicación, palabra que hemos de elegir, cuidar al máximo, limar si es preciso, pulir y abrillantar en ocasiones solemnes, procurando que concuerde con aquellos conceptos, ideas y mensajes que queremos transmitir. «Nos queda la palabra», dirá en uno de sus versos más excelsos, Blas de Otero. La palabra como «arma poderosa de defensa». Dios no nos dio los dientes para defendernos, sino la palabra para comunicarnos.

Segundo elemento de la definición de Oratoria: «algo». Decir «algo». Lo que indica que nuestras palabras han de ser portadoras de contenidos. Y en la predicación, por ejemplo, esos contenidos han de ser, ni más ni menos, que la presentación, el ofrecimiento, la explicación de la Palabra de Dios. El «algo» es esencial en la Oratoria. El «algo» es lo que atrae, lo que puede fascinar o aburrir, lo que despierta y acrecienta el interés. Ese «algo» ha de ser elegido, preparado cuidadosamente, reflexionado, y en el caso de la predicación, el «algo» ha de ser también «rezado». Michel Quoist, el joven sacerdote que escribió a mediados del siglo XX, aquel hermoso libro *Oraciones para rezar por la calle*, nos decía: «¡Cómo cambian las cosas cuando las rezo!». Es cierto. La oración ilumina nuestro interior, y por tanto, nuestras ideas, nuestros mensajes. El «algo» ha de ser claro, diáfano, inteligible, adaptado a nuestros oyentes, a sus niveles de captación y de entendimiento.

Tercer elemento de la definición de Oratoria: «alguien». «Decir algo a alguien». Este tercer elemento es tan importante como el primero y el segundo, o acaso más todavía. Nuestras palabras no son pronunciadas para la galería, ni para el auditorio en general, sino que han de ser «dichas a alguien», los oyentes, que nos ofrecen su mirada, su atención, su interés por nuestra persona y nuestras palabras. Ese «alguien» está allí, está ubicado en un lugar que puede ser cómodo o incómodo. Hemos de tener en

cuenta la situación de los que nos escuchan, si se encuentran cómodamente sentados, con buena temperatura ambiente, o por el contrario, están de pie, con frío o con calor. Ese «alguien» tiene también sus preocupaciones, sus obligaciones, sus tareas, sus prisas, que hemos de saber captar para medir bien el tiempo que nos regalan. El «alguien» ha de interesarnos incluso más que nuestras palabras, porque, a fin de cuentas, ese «alguien» es el destinatario de lo que vamos a decir, se va a convertir en receptáculo de los contenidos de nuestra predicación, de nuestra charla o conferencia. Si cuidamos la palabra y el contenido, también hemos de cuidar con afecto el «alguien», las personas que nos escuchan, que abran sus oídos y su alma a lo que le vamos a comunicar.

Completamos así, este tercer punto de nuestro Decálogo: La predicación ha de ser Oratoria viva.

IV. LA HOMILÍA, LA PREDICACIÓN, NO PUEDE SER UN ESPECTÁCULO ENTRETENIDO

Esta frase es textual, escrita por el Papa Francisco en su Exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*. «Predicar es un género peculiar, subraya también el Papa, ya que la homilía se pronuncia dentro del marco de una celebración litúrgica, por consiguiente, debe ser breve y evitar parecerse a una charla o a una clase».

Quisiera subrayar con fuerza esta visión que el Papa Francisco tiene sobre las homilías. Le asigna tres características:

- Primera, brevedad. No es lo mismo ser breve, que ser rápido. «Lo bueno si breve, dos veces bueno», dirá el refrán. Si la homilía se prolonga demasiado, se volvería más importante que la celebración de la fe y rompería la armonía y el ritmo de las eucaristías.
- Segunda, la homilía no es una charla o algo parecido a una conferencia. La homilía ha de centrarse en la Palabra de Dios, y el predicador ha de iluminarla y ha de ofrecerla con ilusión.
- Tercera, la homilía no debe ser una clase para formar religiosamente a los fieles. Ha de ser, por el contrario, un puñado de mensajes y de sentimientos, entrelazados por la fe, la esperanza y el amor.

V. EL PREDICADOR HA DE HABLAR COMO UNA MADRE QUE LE HABLA A SU HIJO

Llegamos en el punto de este Decálogo, a la esencia íntima de la predicación y de las homilías. El Papa Francisco nos descubre el verdadero secreto que han de llevar en su corazón los «predicadores». Es muy impor-

tante. Dice Francisco: «La Iglesia es madre y predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo, sabiendo que el hijo confía que todo lo que se enseñe será para bien porque se sabe amado».

Este es el gran secreto: el arte de predicar, la esencia de una predicación auténticamente cristiana, reside en el amor. Se destierra así de las homilías, el tono desabrido, la bronca inoportuna, el lenguaje intimidatorio, la argumentación que se centra en los castigos o el recurso a infundir miedos y venganzas divinas en el auditorio.

Ha de llevar, por tanto, la palabra del predicador, la ternura y la bondad de las madres, envuelta en el celofán del cariño fraterno. No se trata de convencer, sino de amar.

VI. LA PREDICACIÓN HA DE REALIZARSE EN EL MARCO DE LA «CULTURA MATERNA»

Hay un texto espléndido del Papa Francisco que ilumina con fuerza ese «arte de predicar», que he colocado como título de mis palabras esta noche. Dice así:

La prédica cristiana encuentra en el corazón cultural del pueblo una fuente de agua viva para saber lo que tiene que decir y para encontrar el modo como tiene que decirlo. Así como a todos nos gusta que se nos hable en nuestra lengua materna, así también en la fe nos gusta que se nos hable en clave de «cultura materna», en clave de dialecto materno. Esta «lengua» es un tono que transmite ánimo, aliento, fuerza, impulso. (Exhortación La alegría del Evangelio n. 139).

Preciosas palabras del Papa Francisco, para entender lo que significa «predicar», para comprender la verdadera esencia de las «homilías» en nuestros templos.

Permitidme una pregunta: ¿Qué conlleva este estilo que establece el Papa para los predicadores? Conlleva estos hermosos destellos:

- La cercanía cordial del predicador con su auditorio.
- La calidez de su tono de voz.
- La mansedumbre del estilo de sus frases.
- La alegría de sus gestos.

«Aunque la homilía resulte algo aburrida —subraya Francisco—, si está presente este espíritu materno-elesial, siempre será fecunda, así como los aburridos consejos de una madre dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos».

VII. LA MISIÓN DEL PREDICADOR ES LA DE «AUNAR CORAZONES»

No puede faltar en este Decálogo el señalar cuál es la «misión de todo predicador». La ha señalado también el Papa Francisco:

El predicador tiene la hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo (...). Durante el tiempo que dura la homilía, los corazones de los creyentes hacen silencio y lo dejan hablar a ÉL, a Dios. El Señor y su pueblo se hablan de mil maneras directamente, sin intermediarios. Pero en la homilía quieren que alguien haga de instrumento y exprese los sentimientos, de manera tal que después cada uno elija por dónde sigue su conversación.

¡Bellísima visión de lo que debe ser un predicador y de lo que son las homilías!

Con esta visión, aprendemos que la palabra es esencialmente mediadora y requiere no solo de los dos que dialogan sino de un predicador que la represente como tal, convencido, como hermosamente señala san Pablo en su segunda *Carta a los Corintios*, de que «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús» (2 Cor.4,5).

No hablará el predicador de sí mismo, sino de Dios. Y así, tendrá plena conciencia de ser «una voz» que expone, transmite y comunica la Palabra de Dios.

VIII. ES NECESARIO «PREDICAR DE CORAZÓN»

Una pregunta: ¿qué exige la Iglesia a los predicadores? ¿Cómo han de hablar? A esta pregunta el Papa Francisco contesta con claridad:

Hay que hablar de corazón. Y hablar de corazón implica tenerlo no sólo ardiente, sino iluminado por la integridad de la Revelación y por el camino que esa Palabra ha recorrido en el corazón de la Iglesia y de nuestro pueblo fiel a lo largo de su historia.

¡Predicar es hablar de corazón!

El tema central de toda predicación es la Palabra de Dios, que se proclama solemnemente en la primera parte de la Eucaristía, en la liturgia de la Palabra.

El predicador debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: No le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella

penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva —como dijera san Juan Pablo II, en la exhortación *Pastores dabo vobis*.

IX. EL PREDICADOR NECESITA «PONER UN OÍDO EN EL PUEBLO»

En nuestro decálogo sobre «el arte de predicar», quisiera colocar un punto que me ha llamado la atención. Lo señala también el Papa Francisco y dice así:

El predicador necesita también poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo. De esa manera, «descubre las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano», prestando atención al «pueblo concreto con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea».

Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesita la luz de la Palabra.

X. LOS CONSEJOS DE SAN PABLO VI

Me gustaría, en el décimo punto de este Decálogo sobre el «arte de predicar», evocar los consejos que el flamante santo Pablo VI ofrecía a los predicadores. Decía Pablo VI: «Los fieles esperan mucho de la predicación. Y sacarán fruto de ella, si es: sencilla, clara, directa y acomodada».

La sencillez tiene que ver con el lenguaje utilizado. Un lenguaje al alcance de todos, inteligible para todos.

La claridad tiene que ver con que sea comprendido lo que decimos por nuestros oyentes. A veces, el predicador deberá explicar los términos teológicos, para que los oyentes puedan entenderlos mejor.

El estilo directo y acomodado tiene que ver con el orden, con la unidad temática, con la conexión entre las frases, y con que las personas puedan seguir fácilmente al predicador, captando la lógica de lo que les dice.

EPÍLOGO

Tras exponer los 10 puntos del Decálogo sobre «El arte de predicar», solo queda subrayar con fuerza su importancia. Todo predicador ha de ser

consciente de esa «importancia» y de esa «misión sublime» de hablar en nombre de Dios y exponer su Palabra.

Como breve epílogo, me gustaría recoger algunos consejos finales.

- Primero, en las homilías, el «lenguaje ha de ser siempre positivo», que no se fija tanto «en lo que hay que hacer sino en lo que hay que hacer mejor».
- Segundo, en la predicación, no puede olvidarse el sentido de «fraternidad y de servicio», que desempeñan los predicadores. Los oyentes han de sentir al predicador como alguien cercano a ellos.
- Tercero, en la predicación hacen falta imágenes, ejemplos, parábolas, citas literarias, e incluso argumentos de películas ejemplares.
- Cuarto, en la predicación, ha de tenerse en cuenta «la coherencia y el testimonio». Lo primero que los oyentes exigen a los predicadores ejemplo, sobre todo, si son personas conocidas.
- Y quinto, me gustaría finalizar mis palabras con dos hermosas citas. La primera de Santo Tomás de Aquino: «La tarea principal que Dios ha asignado a mi vida es ésta: que cada palabra mía y cada sentimiento mío hablen de Él». Y la segunda de santa Teresa de Calcuta: «Todas nuestras palabras serán inútiles si no vienen del fondo del corazón».

Ante estas dos citas, permitidme mi conclusión final: «Predicar es amar».